

Facultad de Periodismo y Comunicación Social



Taller de Lectura y Escritura I

Nellie Bly (1864-1922)

La vuelta al mundo en 72 días (2018)

Capítulo 4

En la casa de Julio Verne

El señor Julio Verne y su esposa, acompañados por el señor Sherard, un periodista parisiense, permanecían de pie en el andén aguardando nuestra llegada.

Cuando los vi, sentí lo que hubiera sentido cualquier otra mujer bajo las mismas circunstancias. Me pregunté si tendría la cara hinchada por el viaje, si mi cabello estaría revuelto. Lamenté no haber viajado en un tren estadounidense porque entonces hubiese podido asearme *en route*, de manera que cuando descendiera en Amiens y conociera en persona al famoso novelista y a su encantadora esposa, me encontraría tan impecable y prolija como si los hubiera recibido en mi propia casa.

Casi no hubo tiempo para lamentos. Ya se estaban acercando hacia nosotros y en cuestión de segundos me había olvidado de mi falta de pulcritud gracias a la cordial bienvenida que me brindaban. Los ojos brillantes de Julio Verne se enfocaron en mí con interés y cordialidad, y la señora Verne me saludó con la calidez que uno reserva para los amigos más queridos. No hubo saludos formales que enfriaran la tibieza que sentíamos en nuestros corazones, sino una cordialidad expresada con una gracia tan encantadora que después de haber estado tan solo unos minutos disfrutando de su compañía, ya se habían ganado mi respeto y devoción eternos.

El señor Verne nos condujo hasta los carruajes que aguardaban nuestra llegada. La

señora Verne caminaba a mi lado, y de vez en cuando me dirigía una mirada sonriente que quería decir, en el lenguaje gestual, el lenguaje común de todo el mundo animal, tanto para los hombres como para las bestias: “Estoy feliz de conocerla y lamento que no nos podamos comunicar con palabras”.

El señor Verne, con suma elegancia, nos ayudó a la señora Verne y a mí a subir a un cabriolé, mientras él se subió a otro carruaje con los otros dos caballeros. Me sentí muy incómoda cuando me quedé a solas con la señora Verne porque me resultaba imposible comunicarme con ella.

Su conocimiento del inglés consistía en la palabra “no” y mi vocabulario en francés consistía en “*oui*”, por lo que nuestra conversación se limitaba a unas pocas sonrisas amistosas a modo de disculpas, intercaladas con un ocasional apretón de manos. Ciertamente, la señora Verne era una mujer encantadora, e incluso en esta situación tan incómoda, hizo que todo fluyera con calidez.

Eran las primeras horas de la tarde. Mientras nos desplazábamos por las calles de Amiens, tuve un pantallazo de negocios luminosos, un lindo parque y muchas niñeras empujando cochecitos de bebé.

Cuando nuestro carruaje se detuvo, descendí y ayudé a la señora Verne a hacer lo mismo.

Nos quedamos aguardando de pie en el medio de una calzada ancha y lisa, delante de una pared alta de piedra, sobre la que asomaban los contornos puntiagudos de la casa. El señor Verne llegó enseguida. Se acercó de prisa hasta donde nos encontrábamos y abrió la única puerta en el muro. Al entrar, me encontré en un pequeño patio, rodeado de dos paredes a los costados y la casa al frente, formando un cuadrado. Un enorme perro lanudo y negro vino a mi encuentro. Saltó sobre mí, sus ojos vivaces desbordaban de afecto, y aunque amo a los perros y valoraba profundamente una bienvenida tan cálida, aun así, temía que su demostración exuberante de cariño menoscabara mi dignidad si terminaba de rodillas en el mismísimo umbral de la casa del famoso francés. El señor Verne, evidentemente, comprendió la situación porque le dijo dos palabras al perro, y este dejó caer la cola y se alejó a reflexionar en soledad.

Subimos unas escaleras de mármol y cruzamos a través del piso de mosaicos de un pequeño invernadero, que si bien no estaba atiborrado de flores, exhibía una gran variedad de plantas, todas bellas y muy bien cuidadas. La señora Verne nos condujo hasta una espaciosa sala de estar ya en penumbras por la caída temprana del sol en esa tarde invernal. Ella misma acercó un fósforo a la pila de madera seca que yacía en la amplia chimenea.

Mientras tanto, el señor Verne nos invitaba a que nos quitáramos los abrigos. Antes de que hubiéramos terminado de hacerlo, un fuego brillante chisporroteaba en el hogar y envolvía el cuarto oscuro con una luz suave y cálida. La señora Verne me condujo hasta una silla cercana al hogar, y una vez que tomé asiento, ocupó un lugar a mi lado. La calidez del ambiente me permitió observar en silencio la escena que se desplegaba ante mí.

El cuarto era grande y los tapices, los cuadros y la suave alfombra aterciopelada, que cubría la mayor parte del piso de madera lustrada, eran de tonalidades oscuras. En la repisa, que se alzaba por encima de la cabeza de la señora Verne, había algunas piezas elegantes de bronce, y como el fuego lanzaba destellos frecuentes a medida que iba consumiendo la leña recién cortada, pude apreciar otra pieza de bronce en un pedestal ubicado en un rincón. Todas las sillas estaban exquisitamente tapizadas con brocado y eran muy confortables. Estaban desplegadas a ambos lados de la repisa de la chimenea en forma de semicírculo alrededor del fuego, y en el medio de ellas había una mesa pequeña sobre la que se apoyaban varios candelabros de plata.

Un gato de angora blanco se acercó y comenzó a frotarse contra mi rodilla, pero cuando vio a su encantadora dueña, fue hasta ella y se trepó con audacia a su regazo, con la seguridad de que recibiría una bienvenida cordial.

A mi lado, en este semicírculo, se encontraba el señor Sherard y a su lado, el señor Verne, que sentado al borde de la silla, con su desordenado cabello blanco nívoo, un poco largo y grueso, la barba abundante, que rivalizaba con el cabello en blancura y le cubría la parte inferior de la cara, el brillo de la mirada, ensombrecida por sus tupidas cejas blancas, y la velocidad al hablar y los movimientos rápidos y firmes de

sus manos blancas, todo eso, reflejaba energía, vida y entusiasmo.

El corresponsal londinense estaba sentado al otro lado de Julio Verne. Con una sonrisa en sus labios rosados, la señora Verne permanecía sentada, acariciando el gato de manera metódica con una mano blanca y delicada, mientras alternaba sus luminosos ojos negros entre su marido y yo.

Era la figura más encantadora de todo el grupo. Nada más imagínense una cara juvenil con un cutis impecable y un cabello de un blanco nívoo, vestida con pliegues suaves y delicados, con la cabeza levemente inclinada sobre unos hombros regordetes. Agréguele a esta cara bella, unos lindos labios rojos, que cuando sonríen muestran una hilera de dientes parejos, y unos ojos negros grandes y cautivadores; así tendrán tan solo un atisbo de la belleza de la señora Verne. Ese día, al verla por primera vez, llevaba puesta una chaqueta de piel de foca y un manguito, y sobre su cabellera blanca tenía un gorrito de terciopelo negro. Cuando se quitó el abrigo, al llegar a la casa, vi que lucía una pollera de muaré, plisada a los costados y con el frente liso de color negro, que le sentaba perfectamente bien a su figura pequeña y regordeta. El canesú era de seda aterciopelada también negra.

La señora Verne diría que mide, según mis estimaciones, no más de 1,58 metros. El señor Verne debe medir 1,67. Él hablaba de manera rápida y concisa, y el señor Sherard, con una voz atractiva y pausada, me traducía lo que decía para que no me perdiera ninguna de sus palabras.

—¿El señor Verne ha visitado los Estados Unidos alguna vez? —pregunté.

—Sí, una vez —me tradujeron la respuesta—. Por unos pocos días, en los que vi el Niágara. Siempre quise volver, pero mi estado de salud no me permite encarar viajes prolongados. Trato de mantenerme al tanto de todo lo que sucede en los Estados Unidos y estoy enormemente agradecido a los cientos de cartas que recibo anualmente de los estadounidenses que leen mis libros. Hay un hombre en California que me ha escrito por años. Me cuenta las novedades de su familia, su casa y del país como si yo fuera un amigo y, sin embargo, nunca nos hemos conocido. Me ha rogado que vaya como invitado a visitarlo a los Estados Unidos. No hay nada que desee más que recorrer su

tierra, desde Nueva York hasta San Francisco.

—¿De dónde sacó la idea para su novela *La vuelta al mundo en ochenta días*? —le pregunté.

—De un periódico —fue su respuesta—. Una mañana tomé una copia del *Le Siècle* y me encontré con un debate y algunos cálculos que mostraban que el viaje alrededor del mundo podría ser hecho en ochenta días. La idea me agradó, y mientras pensaba en ello, me di cuenta de que en los cálculos del periódico no habían considerado la diferencia en los meridianos y pensé qué desenlace interesante sería para una novela este detalle; entonces, me puse a escribir una. De no ser por el desenlace, pienso que nunca hubiera escrito el libro. Durante un tiempo tuve un yate, así que me embarqué y recorrí el mundo, visité varias localidades y de esa manera, lo que escribí fue a partir de mis propias observaciones. Ahora, desde que mi salud me confina en casa, me veo forzado a documentarme con descripciones y mapas.

El señor Verne me preguntó cuál era el itinerario de viaje planeado y me alegró ser capaz de hablar de alguna cosa que él pudiese entender, así que le respondí:

—El itinerario del viaje es ir desde Nueva York a Londres, de ahí a Calais, Brindisi, Port Said, Ismailía, Suez, Adén, Colombo, Penang, Singapur, Hong Kong, Yokohama, San Francisco, y nuevamente a Nueva York.

—¿Por qué no va a Bombay como lo hizo mi héroe Phileas Fogg? —me preguntó el señor Verne.

—Porque estoy más ansiosa de ahorrar tiempo que de salvar a una viuda joven —le respondí.

—Tal vez salve a algún viudo joven antes de su regreso —respondió el señor Verne con una sonrisa.

Yo sonreí condescendiente, como todas las mujeres sin compromisos y sin ataduras siempre haremos ante esas insinuaciones.

Miré la hora en el reloj de mi muñeca y vi que se me estaba acabando el tiempo. Había solo un tren que me llevaba desde Amiens a Calais, y si lo perdía, bien podía volverme a Nueva York de la misma manera en la que había llegado, porque no alcanzar ese

tren representaba una semana de demora.

—Si el señor Verne no lo considera impertinente, me gustaría conocer su estudio antes de irme —dije por fin.

Respondió que con mucho gusto me lo mostraría, y aún estaban traduciendo mi pedido cuando la señora Verne ya estaba de pie y encendiendo una de las velas de cera.

Comenzó a liderar el camino con el paso ágil y liviano de una jovencita. El señor Verne, que caminaba con una leve cojera resultado de una herida, la seguía, y nosotros cerrábamos la marcha. Atravesamos el invernadero hasta un cuarto pequeño en el que había una escalera caracol, o para ser más precisa, una escalera en espiral. La señora Verne se detenía en cada descanso a encender las lámparas de gas.

Al llegar al piso superior, apareció una sala que coincidía en forma y tamaño con el invernadero del piso inferior: el señor Verne avanzó, seguido de la señora Verne que se detuvo a encender una lámpara en la sala. Él abrió una puerta y avancé tras él.

Quedé absolutamente asombrada. Había esperado, a juzgar por el resto de la casa, que el estudio del señor Verne fuera un cuarto de grandes proporciones y amueblado lujosamente. Había leído tantas descripciones de los estudios de autores famosos y me había mortificado con algo parecido a la envidia (los espacios son sumamente limitados y caros en Nueva York) al imaginar un cuarto enorme, con escritorios tallados a mano y adornos costosos, con grabados y pinturas originales cubriendo las paredes, tapices valiosos y, debo confesar, que he pensado que era un pequeño milagro que, rodeados de semejante entorno, fueran capaces de crear historias que les trajeran fama. Pero cuando me encontré con el estudio del señor Verne, me quedé muda de la sorpresa. Abrió una ventana enrejada, la única ventana del cuarto, y la señora Verne, apresurándose tras nosotros, encendió la llama del mechero de gas que estaba asegurado encima de una repisa baja.

El cuarto era muy pequeño, incluso mi pequeña sala de estar era casi igual de grande. También era muy modesto y despojado. Delante de la ventana había un escritorio plano. La basura habitual que acompaña y atiborra los escritorios de la mayoría de los escritores brillaba por su ausencia y el tacho de basura que normalmente rebosa con lo

que muy seguido consideramos nuestras producciones más brillantes, en este caso solo albergaba algunos papelitos. Sobre el escritorio había una pila prolija de hojas blancas. Era parte del manuscrito de la novela a la que el señor Verne estaba abocado en ese momento. Cuando me ofreció el manuscrito, lo acepté con entusiasmo, y cuando vi la caligrafía prolija, tan prolija que si no hubiera sabido que era prosa, hubiese pensado que era el trabajo de un poeta, quedé más impresionada aún por el orden extremo del autor francés. En varios lugares, había conseguido tachar con eficacia algo que había escrito, pero no había ningún interlineado, lo que me dio la idea de que el señor Verne mejoraba su trabajo eliminando cosas superfluas, pero nunca agregándole palabras. Un frasco de tinta y un portaplumas era todo lo que compartía el escritorio con el manuscrito. Había una sola silla en la habitación y estaba frente al escritorio. El otro mueble que había era un sillón bajo y enorme, en un rincón, y aquí, en este cuarto, con ese entorno tan modesto, Julio Verne había escrito los libros que lo habían llevado a la fama eterna.

Me incliné sobre el escritorio y miré a través de la pequeña ventana enrejada que él había dejado abierta. Podía ver, pese al crepúsculo, la torre de una catedral en la distancia, mientras que si me estiraba podía ver que abajo había un parque, y más allá, la entrada al túnel del tren que circulaba por debajo de la casa del señor Verne, y en el que muchos estadounidenses viajaban cada año camino a París.

Al salir del estudio, había una biblioteca enorme. La gran habitación estaba completamente cubierta por estantes desde el techo al piso, y estos estantes vidriados estaban llenos de libros espléndidamente encuadernados que debían costar una fortuna.

Mientras examinábamos la riqueza de las obras literarias que teníamos frente a nosotros, el señor Verne tuvo una idea. Tomó una vela y nos pidió que lo siguiéramos, salió a la sala y se detuvo frente a un mapa enorme que estaba colgado allí, y mientras sostenía con una mano la vela, nos señaló varias marcas azules. Antes de que me hubieran traducido lo que decía, comprendí que en este mapa que nos mostraba, con un lápiz azul, él había trazado el recorrido de su héroe, Phileas Fogg, antes de hacerlo

comenzar a recorrer el mundo en ochenta días en la ficción. Con un lápiz marcó en el mapa, mientras nos agrupábamos a su alrededor, los lugares en los que mi itinerario de viaje difería de los de Phileas Fogg.

Nuestros pasos eran lentos mientras bajábamos la escalera en espiral. Había llegado la hora de decir adiós y sentía que me estaba separando de unos amigos. De nuevo en la habitación en la que ya habíamos estado, había vino y galletas, y el señor Verne nos explicó que, en contra de sus costumbres habituales, tenía la intención de tomar una copa de vino y disfrutar del placer de beber juntos por el éxito de mi extraño proyecto. Chocaron las copas de vino y me desearon: “Buen viaje”.

“Si lo hace en setenta y nueve días, la aplaudiré con ambas manos”, me dijo Julio Verne, y entonces supe que dudaba de mis probabilidades de hacerlo en setenta y cinco, tal como había prometido. Como una forma de agasajarme, hizo el esfuerzo de hablarme en inglés, y logró decir, mientras chocaba su copa con la mía:

—Buena suerte, Nellie Bly.

La señora Verne no quiso verse opacada por la galantería de su marido y, para mostrarme su amabilidad, le dijo al señor Sherard que le gustaría darme un beso de despedida. Cuando él me tradujo su pedido, me explicó que era un gran honor en Francia que una mujer pidiera de besar a un extraño. No estaba acostumbrada a esa clase de formalidades o familiaridades, según como uno lo considerase, pero nunca se me cruzó por mi mente rechazar un gesto tan delicado, así que le di la mano e incliné la cabeza, porque era más alta que ella, y me besó con suavidad y afecto en ambas mejillas.

Entonces levantó su bello rostro para que yo hiciera lo mismo. Reprimí una inclinación fuerte de besarla en los labios, tan dulces y rojos, y mostrarle cómo lo hacíamos en los Estados Unidos. Mi picardía, muchas veces, echaba a perder mi dignidad, pero por una vez logré contenerme y la besé con suavidad, a su manera.

Con las cabezas descubiertas y pese a nuestras protestas, nos acompañaron hasta el patio frío y, hasta que los perdí de vista, seguían de pie frente a la entrada, diciéndome adiós con la mano, mientras el viento fuerte jugaba con sus cabellos blancos.